RICARDO J. CATARINEU ✣ PEDRO MATA

LA OTRA

COMEDIA ORIGINAL

EN UN ACTO Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LA OTRA

RICARDO J. CATARINEU ✣ PEDRO MATA

LA OTRA

COMEDIA ORIGINAL

en un acto y en prosa



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1907

Esta comedia fué estrenada, en Madrid, en el Teatro Lara el 19 de Abril de 1907.

Antes la había estrenado en Bilbao, Pamplona y Zaragoza la compañía de los aplaudidos artistas Enriqueta Palma y Luis Reig.

A Manuel Bueno

fraternalmente,

Ricardo J. Catarineu.

Pedro Mata.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA, mujer de Antonio (28 años)..	SRA.	RUIZ.
ROSARIO (40 íd.)...................		RODRÍGUEZ.
CARMEN (30 íd.)...................		BELTRÁN.
LILÍ, su hermana (17 íd.)...........	SRTA.	DOMUS.
LOLA (30 íd.)......................		ALBA.
UNA DONCELLA (18 íd.)...........		LA TORRE.
ANTONIO (32 íd.)...................	SR.	CALLE.
EL GENERAL (60 íd.)............ .		RUBIO.
EL DOCTOR (50 íd.)................		LA RIVA.
ANSÚREZ (30 íd.)..................		SIMÓ-RASO.
PACO SOLER (25 íd.)...............		BARRAYCOA.

La acción en Madrid.—Época actual.—Una tarde de Junio, en casa de Antonio

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Gabinete de confianza muy elegante. Puertas á derecha é izquierda. En el foro dos balcones con las persianas cerradas y las vidrieras abiertas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen sentados en grupo, riendo ó haciendo esfuerzos para contener la risa, ANSÚREZ, MARÍA, CARMEN, LILÍ y ROSARIO. Las dos primeras en un sofá, Ansúrez y los demás en butaquitas. Un poco separados, pero tomando parte en la conversación el DOCTOR y el GENERAL

ROS No le hagan ustedes caso; es un embustero.

ANS (Con exagerada seriedad.) Mi palabra de honor de que es verdad. La cosa ocurrió como la cuento.

CAR. (Conteniendo la risa con el pañuelo.) ¡Qué disparate!

ANS. Pues aún hay más.

MARÍA ¿Más todavía?

LILÍ Cuente usted, Ansúrez, cuente usted.

CAR. ¡Niña!

ANS. Pues... que han vuelto á admitir á Mademoiselle.

MARÍA ¿Es posible?

ANS. Los niños la habían tomado mucho cariño.

ROS. Sí, es una francesa que se hace querer de todo el mundo.

CAR. Y la pobre marquesa sin enterarse...

ROS. ¡Como de costumbre!

LILÍ Pero se enterará...

ANS. ¡Qué duda cabe! Nunca falta para estos casos un alma caritativa.

CAR. ¡Qué hombes, Dios mío, qué hombres!

ROS. El marqués es terrible; no hay en su casa doncella que dure quince días.

ANS. Ni en ninguna parte. Está muy mala la servidumbre.

DOC. Pues, ¿saben ustedes lo que digo? Que yo no defiendo al marqués ni muchísimo menos; cada cual que se defienda como pueda; pero, créanme ustedes, la mayoría de las veces que los hombres engañan á sus mujeres, ellas tienen la culpa.

CAR. Justo; y debe premiárseles encima. ¡Angelitos!

DOC. Yo no sé si debe ó no premiárseles; lo que digo y repito, es que la mayoría de las veces que los hombres engañan á sus mujeres es porque no encuentran en ellas lo que necesitan.

LILÍ ¿Y qué es lo que necesitan?

CAR. ¡Niña!

GEN. Exacto, completamente exacto. Con una sola diferencia: que el Doctor dice: «la mayoría de las veces» y yo afirmo que siempre. Sí, señores; siempre que engañamos á nuestras mujeres es porque no encontramos en ellas lo que necesitamos.

LILÍ General... ¿usted también?

GEN. No, hija, yo desgraciadamente ya no engaño á nadie. Pero no quita para que reconozca que el Doctor tiene razón. ¡Ah! Pero es que yo voy mucho más allá todavía. Vamos a ver, ¿por qué creen ustedes que yo ceno fuera de casa? Pues sencillamente porque me revienta el cocido. Sí, señores, el cocido. En mi casa se come cocido. Mi mujer crée que el plato nacional es el más suculento y nutritivo de todos los platos, y yo creo todo lo contrario; yo creo que la causa de todo nuestro decaimiento militar, social y polí-

tico la tiene el garbanzo y, naturalmente, huyo del garbanzo; y no como en casa. ¿Por qué? Pues porque en casa no encuentro lo que necesito. Dicen que trasnocho, ¿y por qué trasnocho? Pues porque en mi casa no hay quien pare. Mi mujer gruñe, mis nueras rabian, los chicos lloran, las amas gritan... yo necesito tranquilidad y me voy de casa; ¿por qué? Pues porque en casa no encuentro lo que necesito.

ANS. (A Rosario.) El General es hombre de pocas ideas, pero ¡la que coge!...

CAR. Nada, General, no nos convence usted.

MARÍA Aparte de que no es eso lo que dice el Doctor.

DOC. Completamente igual; no solo de pan vive el hombre.

MARÍA De todos modos, en este caso no hay caso. La marquesa es una mujer joven, una mujer bonita...

DOC. ¿Y qué? ¿Creen ustedes que basta ser joven y bonita para hacer la felicidad de un hombre?... Conozco perfectamente esa casa como otras muchas, y sé que de cien matrimonios que podrían y deberían ser felices, noventa y siete por lo menos, no lo son, y no lo son porque falta en ellos calor, vida, ¿cómo lo diré yo? entusiasmo. Felices... en apariencia, sí; ¡pero en el fondo!... en el fondo son como esas jaulas de lujo para la cría de canarios: muy monas, muy elegantes, con su fachada de hotelito, sus verjas doradas, sus bebederos de cristal, su cajita con el pelo de cabra, todo muy mono, muy bonito, pero en el fondo cada canario en su caña, el pelote en la caja y los nidos vacíos. (Se oye al piano una romanza antigua, conocida y sentimental.)

ROS Muy bien, Doctor, muy bien.

ANS. Por Dios, Rosario, que vamos á creer que usted también canta sola.

MARÍA (Levantándose.) Con el permiso de ustedes, voy á cerrar esos balcones; la dichosa vecina tiene la propiedad de ponerme nerviosa con sus cosas tristes. (Se dirige al balcón.)

GEN. Hombre, pues no es fea esa música.
LILÍ General, por Dios... esa cursería...
GEN. ¡Si vieran ustedes las cosas que me recuerda!
MARÍA Es posible; pero como á nosotros no nos recuerda nada, hacemos lo que usted con los garbanzos, la suprimimos. Digo, á menos que usted...
GEN. No, no; á mí, después de todo, la música me revienta.
MARÍA Como á Napoleón. (Cerrando los balcones.)
CAR. Es verdad; siempre dije yo, General, que usted se parecía al grande hombre. (Suena un timbre. María, que vuelve de cerrar el balcón, se estremece.)
ROS. (A María.) ¿Qué tienes?
MARÍA No sé... estoy muy nerviosa esta tarde.
LILÍ Ya lo oye usted, Doctor; María está muy nerviosa.
DOC. Yo me lavo las manos. He presentado mi dimisión de médico: no se puede tratar con rebeldes.
MARÍA ¿Yo rebelde?
DOC. ¡Friolera! Se ha empeñado usted en hacer todo lo contrario de lo que le digo.

ESCENA II

DICHOS, LOLA con un montón de líos y paquetes, que va dejando sobre las sillas

LOLA (Saliendo por la izquierda.) ¡Jesús! ¡Cómo están los timbres de esta casa! En cuanto pone una el dedo en el botón... ¡triiiiin!... ¡un escándalo! Felicidades, María. Hola, Rosario... ¿Cómo estás, Carmen? ¿Y tú, monísima? (A Lilí.) ¡Amigo Ansúrez... Mi General, a la órden!.. Adiós, Doctor, me alegro muchísimo de verle aquí; tengo que hacerle á usted una consulta. (Habla de prisa, atropelladamente, saludando con fuertes apretones de manos á los hom-

bres y estrepitosos besos á las señoras.) ¡Uf, qué calor! Vengo sofocadísima. ¿A qué hora dirán ustedes que he salido de casa?

MARÍA ¡Qué se yo!

LOLA A las tres.

ROS ¡Con este calor!

LOLA Sí, hija, sí, y rodando de acá para allá. Vengo rendida.

MARÍA Pues siéntate y descansa.

LOLA Un momento, un momento nada más. Me voy escapada. Tengo no sé cuantas cosas que hacer todavía. No he venido más que á felicitarte. Si, ya sé lo que me vas á decir que tú no celebras el día de hoy, que tu santo es el Dulce Nombre de María, ocho de Septiembre, ¿ves cómo lo sé? Pero eso no quita para que nosotros te felicitemos también en tu cumpleaños, veintiocho de Junio, San León, papa... ¡Mira que llamarte tú Leona! Te he comprado una cosa, no te enfades, ¿eh? Te advierto que no vale nada, es solo un recuerdo, un recuerdo nada más... (Revolviendo los paquetes.) Toma (Saca unos zapatos de niño.) ¡Jesús! Los zapatitos de Bebé, le visto mañana de corto ¿sabes? (Guardando los zapatos y sacando unas figuritas de biscuit.) Toma, esto es lo tuyo.

MARÍA Pero mujer, ¿por qué te has molestado? (Cogiéndolo.)

LOLA ¡No faltaba más! Lo único que sentiré será que no te guste.

MARÍA ¡Oh, no, es muy bonito! (Las señoras se acercan para examinar el regalo.)

LOLA ¿De veras te gusta?

MARÍA Ya lo creo.

CAR. Es muy bonito.

LILÍ Precioso. Tiene usted mucho gusto, Lola.

LOLA Vaya, me alegro. Pero ¿por qué tienen ustedes los balcones cerrados? ¡Con el calor que hace! ¿Quieren ustedes asfixiarse?

MARÍA Hija, es que tengo unas vecinas insoportables; se pasan el día martirizando el piano y á la vecindad.

LOLA Ah, sí, las de Pozo.

CAR. ¿Las de Pozo? (Se sientan de nuevo por este orden. Carmen, María, Lola, Ansúrez. Un poco separadas Rosario y Lilí. Más separados, fumando y hablando entre sí el Doctor y el General.)

LILÍ Sí, mujer, una mamá muy gorda con dos niñas muy altas...

MARÍA Son deliciosas. El año pasado se le murió el novio á la mayor y se pasaba las noches en el balcón vestida de blanco y con el pelo suelto.

LILÍ ¡Qué gracioso!

MARÍA Tienen un criado negro, muy tieso y muy estirado, siempre con corbata blanca.

ANS. Para saber donde le empieza la cabeza.

ROS. ¡Si fuera eso verdad!

ANS. ¿Qué?

ROS. Tendría usted que llevar constantemente corbata blanca.

ANS. ¡Señora! ¿Cree usted que yo no sé donde tengo la cabeza?

LOLA ¡Qué va usted á saber, hombre, qué va usted á saber! Pues no hace poco tiempo que la perdió usted.

MARÍA ¿Por quién?

LILÍ No hay cuidado. Ansúrez no pierde la cabeza por nadie.

ANS. ¡Usted qué sabe!

LILÍ Ya lo creo que lo sé; ó sino, vamos á ver: qué hizo usted de aquella muchacha con quien paseaba el año pasado en San Sebastián? ¿No decía usted que la quería tanto? ¿Por qué la dejó usted?

ANS. Por eso; porque la quería mucho.

LILÍ ¡Hombre!

ANS. Se enamoró de ella un ingeniero belga, un muchacho muy rico y de mucho porvenir...

LOLA Ah, vamos; y usted se sacrificó por su felicidad.

ANS. Precisamente.

ROS. ¡Todas las novias de usted se casan con hombres ricos!

ANS. Es un privilegio que me ha concedido la naturaleza.

LOLA Pues hace usted muy mal en tenerlo oculto.

ANS. ¿Quiere usted qae lo anuncie en los periódicos?

LOLA ¿Por qué no? Joven distinguido, elegante, se ofrece para novio... tiene muy buena mano.

LILÍ Para escoger melones.

LOLA Y que perdonen los melones la comparación.

ANS. Honorarios módicos...

LOLA No, hombre; nada de honorarios; esto es completamente gratuito y filantrópico.

ANS. Entonces, ¿qué salgo yo ganando?

LOLA Agradecimiento.

ANS. ¿Nada más?

LOLA ¿Le parece á usted poco? ¿Usted sabe lo que vale una mujer agradecida?

ANS. ¡Ay, Lola! ¿Cuándo me va usted á agradecer algo?

LOLA Pues ya lo sabe usted; cuando se muera mi marido.

ANS. ¿Y yo pueda proporcionarle otro? Tiene gracia.

LOLA A propósito de maridos: ¿y el tuyo, que no le veo? (A María.)

MARÍA En Cercedilla. En la posesión de Bermúdez: ha ido á disparar unos tiros.

LOLA ¿El día de tu cumpleaños?

MARÍA Ya sabes que el campo es su única distracción...

LOLA Pero, ¿y sus asuntos? ¿Y el Congreso?

MARÍA (Con indiferencia.) El Congreso, naturalmente, le divierte algo, pero no basta. El necesita movimiento, aire, luz... ¿verdad, Doctor?

DOC. Sí, en efecto.

GEN. (Al Doctor.) Me parece que estos dos canarios han dejado también de arrullarse.

DOC. (Al General.) ¿Quienes? ¿Estos? Estos no se arrullaron nunca.

LOLA Pues, hija, qué quieres; me parece una falta de consideración. La verdad; yo no le consentiría á mi marido que estuviera fuera de casa un día como hoy.

DOC. (Al General.) ¿Usted ha oído hablar de *les enfants terribles*? Pues ya verá usted cómo ésta concluye por resultarnos *terrible enfant*.

MARÍA ¿Por qué? ¿Qué tiene eso de particular? El sabe perfectamente que yo no celebro este día. ¡Si fuera mi santo!

LOLA De todos modos, hija, de todos modos.

ROS. Pero mujer, ¡qué quieres! ¿qué tengamos á nuestros maridos cosidos á las faldas?

GEN. (Al Doctor.) Rosario al quite.

LOLA Cada una tiene su manera de ver las cosas. Yo no soy así; no puedo remediarlo. Reconozco que en estas cosas mi marido me ha educado muy mal.

ROS. (Aparte.) Y en todas.

LOLA Y, ¿con quién ha ido?

MARÍA Pues, con Luis Aznar... Bermejo, Olmedilla... Paco Soler...

LILÍ ¿También Paco?

MARÍA Sí, también... ¿lo extrañas?

LILÍ No... ¿por qué?

GEN. (Al Doctor.) Realmente es indigno lo que está haciendo Antonio. Es una infamia engañar á este ángel.

DOC. (Al General.) No juzgue usted por apariencias, General. Usted, en su lugar, probablemente, haría lo propio.

GEN. (Al Doctor.) ¡Cómo! ¿qué quiere usted decir? Acaso María...

DOC. (Al General.) Quién habla de María.

GEN. (Al Doctor.) Entonces...

DOC. (Al General.) ¡Ah! ¿pero usted no sabe?...

GEN. (Al Doctor.) ¿Yo? Ni una palabra.

DOC. Pues, querido, es usted el único... Acérquese un poco más... se lo contaré á usted. (Siguen hablando en voz baja.)

LOLA ¿Y hace mucho que se marcharon?

MARÍA Anteayer por lo noche.

LOLA Ya ves si podía haber aguardado. ¡Cuando yo te digo!

ANS. Esta señora es terrible. Si la dejaran sería capaz de amarrarnos á todos con una cadena.

LOLA Como que no merecen ustedes otra cosa. ¡Están ustedes buenos! Yo le aseguro que sí todas siguieran mi consejo... (Mirando á María.)

ANS. Nos habíamos divertido.

LILÍ (Á Rosario.) ¡Ay, Rosario, qué disgusto tan grande! ¡qué compromiso!

ROS. (A Lilí.) ¿Qué dices?

LILÍ (Á Rosario.) ¡Ay qué vergüenza!

ROS. (Á Lilí.) ¿Pero qué es ello? Acaba ya...

LILÍ Pues que Paco Soler va á venir de un momento á otro.

ROS. (A Lilí.) ¿Estás segura?

LILÍ (Á Rosario.) ¡Como que le he escrito esta mañana citándole! Como papá no quiere todavía que entre en casa no tenemos más remedio que vernos en las de los amigos.

ROS. ¿Y hoy le ha tocado el turno á María?

LILÍ Justo.

ROS. Pues, hija, hasta ahora no veo el compromiso.

LILÍ Dios mío, pues es flojo. ¡Figúrese usted que le preguntan por eso de la cacería!

ROS. ¿Y qué?

LILÍ Que no hay tal cacería.

ROS. ¡Cómo!

LILÍ Que todo eso es un embuste inventado por el infame de Antonio para engañar á la pobrecita María.

GEN. (Al Doctor.) Tenía usted razón, Doctor; yo en su lugar hubiera hecho lo propio.

DOC. (Al General.) ¿Ve usted cómo no es posible juzgar por apariencias?

ROS. (A Lilí.) Chiquilla, ¿qué dices?

LILÍ (A Rosario.) La verdad. Hace unos días que, en efecto, Antonio, Bermudez, Paco y algunos otros, proyectaron esa expedición, pero en seguida desistieron de ello, precisamente por culpa de Antonio; me consta. Y como el pobre Paco no está en antecedentes y aquí hay personas de tan mala intención...

ROS. (A Lilí.) ¿Y qué hacemos? Es necesario prevenir á Paco.

LILÍ ¿Prevenirle? ¿Y cómo?

ROS. Verdad; lo mejor sería que no subiese. ¡Ah! Se me ocurre una idea. Ansúrez, Ansúrez...

ANS. ¿Qué? (Acercándose á ellas.)

ROS. (En voz baja.) ¿Usted me haría un favor?

ANS. Todos los que usted quiera.

ROS. Bueno, pues coja usted el sombrero y márchese.

ANS. ¡Señora!

LILÍ Sí, váyase usted á la calle.

ANS. ¿También usted?

LILÍ Sí, sí; váyase en seguida.

ANS. Bueno, señoras, ahora mismo me iré: pero siquiera díganme por qué me echan.

LILÍ ¡Já, já! ¡Qué gracioso!...

ROS. ¡Pobre Ansúrez! No es eso, hombre, no es eso. Con usted no va nada. Queremos que usted se marche para que otro no suba.

ANS. No comprendo.

ROS Paco Soler va á llegar de un momento á otro. Es necesario que María no le vea.

ANS. ¡Ah, vamos!...

ROS Usted le aguarda en el portal y...

ANS. Comprendido. Ni una palabra más.

LILÍ Le dice usted que me espere en la esquina. No vaya María á asomarse al balcón y...

ANS. Descuide. (En voz alta y tendiéndole la mano.) Querida Rosario...

ROS. (También en alta voz.) Amigo Ansúrez...

ANS. Lilí... (Dándole también la mano. Después se dirige á María y hace lo mismo.) Amiga mía...

MARÍA ¿Se va usted?

ANS. Sí, tengo que hacer; un asunto urgente, del cual no me había acordado, charlando con ustedes... Repito las felicidades... que en años sucesivos... (Suena un timbre dentro.)

LILÍ ¡Ay, Dios mío!

ROS (A Lilí.) Chiquilla, calla...

LILÍ Si será...

DON. (Desde la puerta.) El señor Soler. (Vase.)

ANS. (Aparte.) Me alegro.

ESCENA III

DICHOS y PACO SOLER

LOLA En hablando del ruín de Roma...

PACO (Saliendo por la izquierda.) Tantas gracias.

LOLA ¿Por qué? ¿Por lo de ruín? Pues no rectifico.

Basta que sea usted hombre para que esté bien aplicado el calificativo.

PACO Usted siempre implacable. (Saludando á María.) María, felicidades, muchas felicidades. ¿Conque hablaban ustedes de mí? (Saluda á todos los presentes.)

MARÍA Hace un momento.

PACO Seguramente bien.

MARÍA No hay motivo para otra cosa.

LOLA Nosotras le hacíamos á usted en Cercedilla.

PACO ¿En Cercedilla? (Ansúrez que se ha colocado detrás de María le hace señas para que conteste afirmativamente.)

LOLA ¿No era usted de la expedición?

PACO ¿De qué expedición? (Ansúrez sigue haciendo señas.) ¡Ah, vamos... de la expedición... sí, en efecto, yo era de la expedición!

LOLA Entonces, ¿cómo está usted aquí?

PACO Pues estoy aquí porque he venido... porque he venido... He venido en automóvil. (Ansúrez sigue haciendo señas.) Justo, un automóvil magnífico. ¡Qué manera de correr!

ANS. (Aparte.) ¡Qué manera de correr!

LOLA ¿Y Antonio?

PACO ¿Antonio? Bueno, gracias.

ROS. (Con intención.) Antonio y los demás seguirán allí cazando, ¿verdad?

PACO Sí, ellos siguen cazando, siempre cazando. Han cazado una barbaridad. Ochenta y tantos conejos, treinta y tantas perdices, no sé cuántas chochas...

CAR. ¿Está usted seguro de que eran chochas?

PACO Completamente chochas.

LOLA Creo que el de Bermúdez es un coto magnífico.

PACO De lo mejor de España. (Dirigiéndose á Rosario y á Lilí, y hablando en voz baja.) Pero, ¿me quieren ustedes explicar?... Porque yo, francamente, no entiendo una palabra...

ROS. Lilí se lo contará á usted. (Se levanta y va á sentarse al lado de María.)

PACO (Sentándose en la silla que ha dejado Rosario.) Mira, rica, no he podido venir antes.

LILÍ Aunque no hubieras venido...

PACO — ¿Estás enfadada? Pues, hija, te aseguro que no pude...

CAR. — Yo, la verdad, no me explico el placer de la caza. Eso de estar horas y horas anda que te anda...

PACO — Opino lo mismo. Casualmente ayer tarde en la Puerta del Sol... (Lilí le tira de la americana.)

LOLA — ¿En la Puerta del Sol? ¿Pues no estaba usted ayer tarde en Cercedilla?

PACO — No, si no he dicho en la Puerta del Sol; he dicho en la puesta del sol...

LOLA — ¡Ah!

LILÍ — (A Paco.) Mira, Paco, cállate... no hables... Vas á meter la pata.

PACO — En la puesta del sol, vamos, en el crepúsculo.

ANS. — (Aparte.) ¡No estás tú mal crepúsculo!

PACO — Le decía esto mismo á Bermúdez. Mira, conmigo no contéis... no volváis á contar... Yo no me estoy ocho días fuera de Madrid.

LOLA — ¡Y acababa usted de llegar!

LILÍ — (A Paco.) Ya la metiste otra vez. Mira, no hables, no hables, Paco.

GEN. — (A Ansúrez) ¿Pero está usted aquí todavía? ¡Pues si el asunto no llega á ser urgente!...

ANS. — ¡Caramba! Es verdad; me he distraído. (Mirando el reloj) Las siete.

LOLA — (Levantándose.) ¡Las siete! ¡Jesús, qué barbaridad! ¡Y con las cosas que yo tengo que hacer todavía! ¡Jesús! ¡Jesús! (Recoge atropelladamente sus líos y paquetes.)

CAR. — (Levantándose.) Lilí. .

MARÍA — ¿También vosotras?

CAR. — Sí, es tarde ya.

DOC. — Y nosotros también.

CAR. — (A María.) Adiós, hija; que termines el día con la misma felicidad que le has empezado.

MARÍA — Gracias. (El General y el Doctor se despiden de María felicitándola.)

PACO — (A Lilí.) Yo me voy á quedar todavía un poco. No me parece correcto marcharme tan pronto.

LILÍ — Era lo único que faltaba.

PACO — ¡Si acabo de llegar!...

LILÍ Déjate de correcciones. Tú vienes con nosotras.

PACO Pero...

LILÍ Ni una palabra. (A María.) Adiós, María; que el año que viene nos volvamos á encontrar todos reunidos.

LOLA (Que se ha quedado la última.) Adiós, hija. (A María.) ¡Qué le vas á hacer! Todos son iguales... unos perros. ¡Qué hombres, Dios mío, qué hombres! (Vanse todos por la izquierda. María los acompaña hasta la puerta. Rosario abre los balcones.)

ESCENA IV

MARÍA y ROSARIO. Después, la DONCELLA, cuando se indique. María muy nerviosa

MARÍA ¿Has visto?

ROS. Sí, hija, sí; he visto.

MARÍA ¡Rebajarme de ese modo! ¡Ponerme en ridículo! ¿Qué habrá dicho toda esa gente?

ROS. Eso sería lo que menos debería importarte.

MARÍA Se dice muy bien... Todos habrán salido burlándose de mí, riéndose, pisoteándome. ¡Pues no lo aguanto, ea! ¡no, no y no! Esto se acabó. (Toca un timbre.)

ROS ¿Eh?

MARÍA ¡Que esto se acabó! Ahora mismo me voy á casa de mamá.

ROS. ¿Estás loca? ¿Quieres dar un escándalo?

MARÍA El tendrá la culpa.

DON. (Saliendo.) ¿Llamaban las señoras?

ROS. Sí; una taza de tila para la señorita.

DON. En seguida. (Vase.)

MARÍA (Pasea agitada.) ¡Humillarme de esemodo! ¡Ponerme en ridículo!

ROS Vamos, mujer, ten calma.

MARÍA ¡Dentro de una hora, medio Madrid sabrá lo ocurrido! ¿Te parece bien?

ROS. Mira, Marujita; en primer lugar á mí no me parece ni bien ni mal. Además, hace ya mucho tiempo que ese medio Madrid sabe que tu marido te engaña.

MARÍA ¡Ah! ¿Conque lo sabe todo el mundo?

ROS. Hija, yo no sé si todo el mundo; pero, en fin, lo sabe muchísima gente.

MARÍA ¿Y tú entre ella? Pues gracias por la confianza.

ROS. ¿Para qué te lo iba á decir? ¿Para darte un mal rato? Ojos que no ven... Además, la verdad, hija... yo creí que tú también lo sospechabas.

MARÍA Eso, y que lo toleraba.

ROS. Por lo menos que te tenía completamente sin cuidado. Muchas veces me dijiste que eso de los celos era una vulgaridad, una cursería, que tú estabas segura de que tu marido te engañaba...

MARÍA Como todos los hombres engañan á su mujer.

ROS. Y que te importaba muy poco que hiciese lo que le diera la gana.

MARÍA Siempre que no me pusiera en ridículo. Si tiene enredos, siquiera que no venga á restregármelos por las narices.

ROS. En eso tienes muchísima razón.

MARÍA ¡Ya lo creo! (Pausa.)

ROS. ¿Y qué vas á hacer?

MARÍA Ya te lo he dicho: marcharme con mamá.

ROS Es un disparate.

MARÍA ¿Y qué quieres que haga?

ROS. Por lo pronto, tener una explicación con tu marido.

MARÍA ¡No me hables de mi marido! No quiero verle. ¡Que no se me ponga delante porque le voy á sacar los ojos!

DON. (Entrando con una bandeja.) La tila.

ROS. Déjela usted ahí. (Aproximando una mesita al sofá. La Doncella deja el servicio sobre la mesa y vase. Rosario coge á María de la mano y dulcemente la obliga á sentarse en el sofá.) Vaya, María, ten calma... y toma tila. Y hablemos en serio... Cuidado, que te vas á quemar... Vamos á ver, ¿tú crees que yo te quiero? (María hace signos afirmativos.) ¿Que me intereso por tí?

MARÍA Sí, sí, y además sé que en estas cosas tienes más experiencia que yo.

Ros. En estas cosas precisamente, no... Pero, en fin, tengo más experiencia que tú, y por lo mismo voy á hablarte como hablaría á una hija mía.

María Gracias, Rosario.

Ros. Es necesario que tengas una explicación con tu marido. (María sigue haciendo signos negativos.) Es necesario. Puesto que tú misma dices que no son los celos los que te obligan á ella, nada puede importarte. Al contrario, debes provocarla y decirle sin gritos, sin escándalo; pero sin rodeos, clarito, como Cristo nos enseña, «que estás dispuesta á no tolerar ni un momento más su conducta.»

María ¡Depravada!

Ros. Pon el adjetivo que más te guste. No tengas miedo de quedarte corta. «Y que como siga haciendo lo que hasta ahora...»

María Yo haré también lo que me dé la gana.

Ros. No, mujer; eso es una barbaridad. ¿Cómo le vas á decir semejante cosa?

María Verdad; tienes razón.

Ros. «Que como continúe por ese camino...»

María Nos separamos inmediatamente.

Ros. ¿Hablas tú ó hablo yo? (Pausa.)

María Sigue.

Ros. Que te engañe si quiere, pero que te engañe con talento.

María ¿Y por qué me va á engañar?

Ros. Pero, ¿no dices que no te importa?

María ¿Cuándo he dicho yo eso?

Ros. Hace un instante.

María Cuando una está nerviosa, dice muchas tonterías.

Ros. ¿En qué quedamos? ¿Tú quieres ó no quieres á tu marido? (Pausa.)

María ¡Ay, Rosario!... No lo sé. (Suspirando.)

Ros. ¿No lo sabes?

María No lo supe nunca. Nunca sentí la necesidad de quererle. Pero, ahora, al ver que otra mujer me roba lo que es mío...

Ros ¿Comprendes que le quieres con toda tu alma? ¡No te avergüence el confesarlo! ¡Dilo!

María Sí, Rosario. ¡Con toda mi alma!

ROS. ¡Pobrecilla! (Cogiéndole las manos.) ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

MARÍA Porque yo misma lo ignoraba; porque hasta ahora no me dí cuenta; porque el amor es como un juguete: no se sabe lo que vale hasta que se ve roto.

ROS. Vamos, no te aflijas. Vuestro cariño no se ha roto. No ha hecho más que descomponerse. Ya verás tú como lo arreglamos.

MARÍA El lo hizo imposible.

ROS. Antonio es bueno... Te sobran encantos para reconquistarle...

MARÍA ¡Ya ves el caso que hace de ellos!... ¡Me deja por una perdida! ¡Porque seguramente será una perdida!

ROS. ¡Ojalá!

MARÍA ¿Que dices?

ROS. Que ojalá sea una perdida. ¡Lo malo es si ha dado con una persona decente!

MARÍA ¡Muy decente!

ROS. Hay mujeres decentes... no las confundas con las honradas.

MARÍA ¿Y en ese caso?

ROS. Costará más trabajo, pero le reconquistarás.

MARÍA ¿Tú crees?...

ROS. Estoy segura. En cuanto vea en tí un poco de cariño, volverá á tu lado con los brazos abiertos. Antonio es bueno; lo fué siempre. ¿Qué culpa tiene de no haber encontrado en tí todo el cariño que necesitaba?

MARÍA (Con dignidad.) ¡Rosario!

ROS. La verdad. Acuérdate de lo que hace un momento decía el doctor: «En la mayoría de los casos en que el hombre engaña á su mujer, es porque no encuentra en ella lo que necesita.» ¿Tú estás segura de haberle dado á tu marido todo el amor, toda la pasión, toda la ternura que él necesitaba? No, no lo estás. ¡Cómo vas á estarlo si hace dos minutos me confesabas que nunca le has querido!

MARÍA Jamás tuvo queja de mí.

ROS. Si confiesas que no le querías, ¿cómo vas á decir que no tuvo queja?

MARÍA Por lo menos nunca se quejó.

ROS. Concedo que no se quejara. Pero fué peor; se alejó. Ahora la solución está en tu mano. Elige entre el amor y el orgullo. El cariño se reconquista con cariño.

MARÍA ¡Ah! ¿Tú crees posible que encima de engañarme, de ponerme en ridículo, de dejarme por otra, todavía vaya yo á pedirle perdón y á atraerle con zalamerías? ¡No! El mismo me despreciaría si tal hiciese. Además yo no puedo hacer lo que no siento.

ROS. ¿No dices que quieres reconquistarle?

MARÍA Pero de frente, con lealtad.

ROS. No confundas la ira con la lealtad. (Pausa. Suena el timbre dentro.) Han llamado.

MARÍA Sí. ¿Quién será?

DON. (Desde la puerta.) El señorito.

MARÍA (Con súbito arranque de ira.) ¡El! ¡No lo aguanto, ea!... ¡No, no y no!

ROS Mira que el orgullo es mal consejero...

MARÍA No me dejes sola. Quiero que tú misma lo presencies todo. (Siempre con ira.)

ROS. Estas cosas se arreglan de corazón á corazón ó no se arreglan. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

MARÍA y ANTONIO, que sale por la izquierda después de una pausa. Llega con traje de cazador, con el cuello de la zamarra subido y con huellas visibles de insomnio y de dolor en el rostro. El traje de cazador puede suprimirse. Empieza á anochecer

MARÍA (Tratando de sobreponerse.) ¿Ya has venido?

ANT. Sí; aquí estoy.

MARÍA ¿Te has divertido mucho?

ANT. Ni mucho ni poco. Nos han cogido dos días de lluvia. Ha sido imposible disparar un tiro. ¿Quieres algo? Me voy á acostar. (Avanzando hacia la derecha.)

MARÍA (Deteniéndole con acento de marcada rudeza.) ¡Antonio!

ANT. ¿Qué tienes?

MARÍA Antonio, supones que á mí se me engaña de cualquier modo, que yo soy una imbécil que cree que has estado dos días en Cercedilla viendo llover.

ANT. María, te ruego que no tengamos también hoy escena. Necesito descansar y pensar en mis cosas.

MARÍA Como siempre, tomas aires de víctima.

ANT. Y, como siempre, eres injusta con mis sentimientos. Yo deseo no contrariarte en nada. Si uno de los dos ha de padecer que sea yo.

MARÍA Es natural que hables así. No pasa siquiera por tu imaginación el que podamos gozar ó padecer juntos.

ANT. ¿A qué nuevos reproches? ¿Hemos de estar constantemente así? ¡Una escena y otra y otra!... ¡Y siempre igual! Pero ahora no, María, ahora no. Te lo ruego. Quédese para otro instante. Por primera vez me es imposible ceder. Ahora no podría. ¡Déjame! ¡Déjame! (Medio mulis.)

MARÍA ¡He conocido casos de cinismo, pero como el tuyo...!

ANT. Vuelvo á suplicarte...

MARÍA Es inútil. Sé donde has estado. Sé que has pasado estos dos días con otra mujer.

ANT. (Débilmente.) No.

MARÍA (Con energía.) Sí.

ANT. ¿Quién te lo ha dicho?

MARÍA (Con amargura.) ¿Lo ves?

ANT. (Con piedad, pero sin amor.) ¡María!

MARÍA ¿Y quieres que yo me resigne á ser pisoteada? ¿Que refrene mi orgullo de mujer? ¿Que sofoque mis celos?

ANT. Tu orgullo, sí. Tus celos, desgraciadamente, no... Pero, repito, que el momento no es oportuno. ¡Llevamos tantos días alejados el uno del otro! Dejemos pasar otro día más. Mañana hablaremos de todo lo que quieras.

MARÍA Mañana, no. Estas cosas no admiten espera. ¡Hoy! ¡Ahora mismo! ¡Yo te aseguro que en esta ocasión no te impones! ¡Es indispensable que tengamos una última explicación en el acto!

ANT. No me siento con serenidad para ello. Por tí misma te ruego que evitemos ahora toda discusión. Sería peor para tí y para mí. Me coges en un momento en que pudiera tener nuestra conversación consecuencias fatales. Tú sabes que nunca te hablé así; que cuantas veces quisiste mortificarme, libremente lo hiciste... Pero ahora...

MARÍA Ahora será necesario darte un premio porque la otra te ha puesto de mal humor.

ANT. (Al oir las palabras «la otra», haceun gesto visible de disgusto.) ¡María!...

MARÍA (En un súbito arranque de dignidad.) ¡Por tu madre, por mí, por lo que más respetes en el mundo, júrame que nunca has querido á otra mujer! (Antonio calla.) ¿No lo juras? (El se deja caer en una butaca, y tras de una pausa larga ella en otra. El con un dolor mudo y grande. Ella sollozando nerviosamente.) ¿Lo ves? ¿Lo ves? (Después se levanta y da varios paseos agitadamente.) ¿Y por quién sacrificaste mi cariño? ¿Por quién has destruído nuestro hogar? Seguramente por una malvada, por una aventurera.

ANT. (Con energía.) ¡Calla!

MARÍA Por una trapisondista que sólo buscaría tu dinero.

ANT. (Levantándose y con gran violencia.) ¡Calla!

MARÍA ¿He de resignarme á que siga humillándome?

ANT. (Con solemnidad.) Puede vivir tranquilo tu orgullo, puesto que él y no tu amor es el que habla. ¡Ya no podrá humillarte! ¡Ya no!

MARÍA Ni insultarla puedo. ¡La defiende la muerte!

ANT. (Con fiereza.) ¡La defiende mi amor! (Pausa. María llora.) No fué ella la que te robó mi cariño. Fuiste tú antes quien lo dejó perder. Yo había puesto en tí todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, todos mis afectos; bien lo sabes. No quiso nuestro destino que nos compenetráramos. Eramos de distinta raza. Tú estabas en absoluto entregada á tu familia, frívola, superficial, amiga de las diversiones, de la ostentación, de las pompas doradas, del estruendo mundano. Yo era

serio, grave, hondo, todo corazón, todo para tí, todo para el santuario de una casa, todo para el misterio de una mujer. Entre los tuyos y yo se abrió una gran distancia. Ellos inconscientemente trabajaban por aislarte de mi cariño; yo juzgué mal arrebatarte el suyo. Te hablaban ellos con las palabras; yo con los ojos. ¡Y las palabras pudieron más! Fueron acostumbrándote á ver en mí un hombre seco, arisco, insociable, poco distinguido. Tú me dejaste por las fiestas lujosas. Yo me ensimismé en el trabajo obscuro para producir, para amontonar, para ir dándote cada día más riquezas á medida que iba dándote menos corazón. Acaso no fué tuya ni mía la culpa... Acaso no somos dos culpables, sino dos desgraciados... ¡Ah! ¡si te hubieras tomado el trabajo de leer en mí!... (María ha oído nerviosa este parlamento, paseando unas veces agitada, otras deteniéndose y cubriéndose la cara con las manos.)

MARÍA Pero yo me ahogaba en esta atmósfera, y sin embargo, sabía resignarme. Mis diversiones eran inocentes. Siempre fuí honrada. Jamás te ofendí. Alza los ojos y dime frente á frente si tú supiste corresponder como era debido á esta fidelidad santa. Yo tenía derecho á no ser suplantada por otra. ¡Yo era tu mujer!

ANT. ¡Mi mujer! ¡Y no había en tí un momento que fuera mío; un cuidado que dedicarme, un leve pensamiento que me perteneciera! ¡Siempre indiferente ó brusca, desdeñosa ó dominante, jamás intentaste asomarte á mi alma! ¿Es esto ser la mujer de un hombre?

MARÍA Acaba, acaba de decirlo. ¡Tu mujer era ella! (Pausa.)

ANT. La conocí una niña. Adivinó en mí un dolor y supo comprenderlo; un vacío y aspiró á llenarlo. Nos ligamos sin darnos nosotros mismos cuenta, y cuando quisimos recordar era ya tarde. Nos queríamos tanto, tanto que, ya lo ves, sólo la muerte ha podido truncar nuestro cariño.

MARÍA No pretenderás que escuche el relato de tu idilio. Viva ó muerta, yo la maldigo. Su muerte te hace odiarme más.

ANT. Quién amó una vez no puede odiar nunca.

MARÍA Siquiera has sido claro. Tu desamor á mí no era de ahora sino de siempre: y no á mí, sino á todos los míos. Ya ves que hice bien en pedir esta explicación inmediata. Así te librarás de mi presencia y podrás entregarte con entera libertad á tus recuerdos amorosos.

ANT. (Severo.) ¡María!

MARÍA Pues, ¡qué quieres! ¿Que siga despreciada y en ridículo como hasta ahora? Comprenderás que nuestra separación es inevitable...

ANT. Conmigo no han de faltarte nunca la consideración y el respeto.

MARÍA (Secamente.) Gracias. Esta misma noche me iré con mi madre.

ANT. No.

MARÍA Sí.

ANT. No. Cedamos otra vez á las exigencias de ese mundo que gobernó nuestra casa y separó nuestros corazones... No demos un escándalo inútil... Yo soy quien debe salir de aquí... Hoy mismo partiré para el extranjero. (Dirigiéndose á la derecha.) Adios, María. (María no le contesta.) ¿Es irrevocable tu resolución?

MARÍA (Muy emocionada.) Sí...

ANT. (Desde la puerta.) ¡Adiós! Perdóname si no supe hacerte dichosa. (Vase por la derecha. Ella se deja caer llorardo sobre el sofá. Durante la escena anterior ha ido anocheciendo hasta cerrarse profundamente la noche. Al despedirse los esposos, entra por el balcón un rayo de luna.)

ESCENA VI

MARÍA y ROSARIO que sale por la izquierda

MARÍA ¿Has oído?

ROS. El final nada más, pero me ha bastado. Ma-

ría, por última vez. ¡no tires la felicidad por la ventana! ¡Ese hombre se va!

MARÍA ¡El me humilló! ¡Yo le humillaré!

ROS. No ..

MARÍA El volverá.

ROS. No volverá. El amor se asfixia donde no se le arrulla... Piénsalo bien...

MARÍA No... no...

ROS. Piénsalo... ¡Mira que se va!... (Esta escena tiene que ser muy pausada para dar tiempo á Antonio que se vista.)

ESCENA FINAL

DICHAS y ANTONIO por la derecha con un guarda polvo de viaje al brazo. Al ver á Rosario hace una inclinación de cabeza

ROS. (Besando á María.) He subido un momento á dar un beso á María, pero me voy porque ya es muy tarde.

ANT. Yo también salgo. (Rosario pasa delante. Antonio se dispone á seguirla.)

MARÍA (Cuando ya Rosario ha salido.) ¡Antonio! (Con emoción.)

ANT. (Desde la puerta izquierda y con recelo.) ¿Qué? (María en un arranque nervioso se echa en los brazos de su marido y llora largamente abrazada á él, que la contempla con asombro.)

MARÍA (Siempre abrazada á él.) ¡Yo seré... la otra! (Antonio la besa en la frente. El rayo de luna cae sobre ellos. Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Ricardo J. Catarineu

Flechazos, poesías.
Giraldillas, ídem.
Los forzados, ídem.
Estrofas, ídem.
Tres noches, poema en verso.
Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (*)
La romería, zarzuela en un acto y en verso. Campoamor, Oviedo. (*)
Venalidad, drama en un acto y en prosa. Princesa, Madrid.
Por los hijos, monólogo en verso. Apolo, Madrid.
El deber, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)
La otra, comedia en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (*)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

Versos de Maupassant, traducción en verso. (Del libro *Los domingos de un burgués en París,* editado por el Sr. Ruiz Contreras).
El equipaje del rey José, zarzuela en un acto, en prosa y verso, inspirada en Galdós. Apolo, Madrid. (*)
El caminante, idilio en un acto y en verso. (De Coppèe). Comedia, Madrid.
El banco, monólogo en verso. (De Coppèe.) Princesa, Madrid.
El hijo de Coralia, comedia en cuatro actos y en prosa. (De Delpit). Princesa, Madrid. (*)
El rincón de la dicha, comedia en tres actos y en prosa. (De Sudermann). Princesa, Madrid. (*)
Tempestad en la sombra, drama trágico en un acto y en prosa. (De Nani). Novedades, Barcelona. Lírico, Madrid. (*)

Los obreros, drama en un acto y en verso. (De Eugenio Manuel). Español, Madrid. (*)

Mi sastre, entremés en prosa. (De Capus). Odeón, Buenos Aires. Lara, Madrid.

La huelga de los herreros, monólogo en verso. (De Coppèe). Comedia, Madrid.

El «Buenaventura», drama en cuatro actos y en prosa. (De Heyjelmens). Principal, San Sebastián. (*)

La ráfaga, drama en tres actos y en prosa. (De Bernstein). Comedia, Madrid. (*)

La pista, comedia en dos actos y en prosa. (De Sardou). Comedia, Madrid. (*)

El ladrón, comedia en tres actos y en prosa. (De Bernstein). Español, Madrid. (*)

(*) En colaboración.

Obras de Pedro Mata



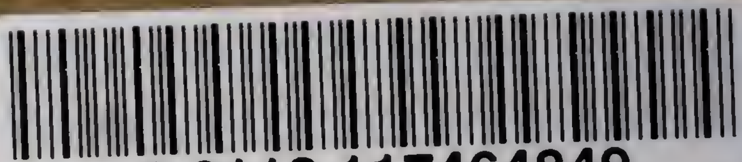
Ganarás el pan, novela premiada en el concurso abierto por la Casa Henrich.

Ni arte, ni amor, novela publicada por *El Cuento Semanal.*

El deber, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

Ia otra, comedia en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (*)

(*) En colaboración.



Precio: UNA peseta